

Chloe Zhivago, de trece años, dobló cuidadosamente una hoja de papel de carta con espirales psicodélicas en diversos tonos de rosa. Ella y su mejor amiga, Ruthie Zimmer, habían escrito: «Para ayudar a los historiadores y arqueólogos del futuro en su trabajo. Esta caja contiene datos importantes sobre la vida de dos chicas de la década de 1970». Pusieron la carta dentro de una caja de galletas con un diseño de cuadros escocés que contenía un pintalabios Biba color ciruela, un ejemplar de la revista Jackie, restos de bisutería rota, correspondencia que habían intercambiado y un contrato de amistad eterna firmado con su sangre. Una vez que cerraron la caja herméticamente con cinta adhesiva, cavaron un hoyo profundo en la parte de atrás del jardín de Chloe y la enterraron. Las dos niñas permanecieron de pie solemnemente frente a la tierra recién removida en señal de duelo por un mundo en el que, algún día, ya no iban a estar. Luego se sentaron en el interior de la casa a mirar la lluvia que caía, y a contemplar la carrera entre dos gotas que se deslizaban por el cristal de la ventana: una era de Chloe y la otra era de Ruthie. «¿Qué vas a hacer cuando seas adulta?» le preguntó Ruthie a Chloe. «Tener un buen trabajo, enamorarme, tener hijos y vivir feliz para siempre», respondió Chloe.

Ésta es la historia de lo que sucedió después de ese «vivir feliz para siempre»...

1

Me sentía bien cuando me levanté esa mañana. Bastante animada, en verdad. Ni siquiera me irrité cuando no encontré la tetera porque mi marido, Greg, la había escondido. Las cosas que nos encantan cuando acabamos de conocer a un hombre más adelante nos provocan una exasperación intensa. El tío de Greg había enfermado de Alzheimer a los treinta y dos años, y como consecuencia de ello, mi esposo había desarrollado un terror patológico a sufrir un deterioro de la memoria. Por eso y desde muy temprana edad, se había impuesto hacer pequeños ejercicios de retentiva. «El cerebro es un músculo como cualquier otro y necesita ejercicio», decía. Perfecto para él, sin duda, pero irritante para quienes no piensan que recordar dónde escondiste la tetera sea un triunfo importante y necesario en las exigentes pruebas a las que alguien somete su memoria. Pero recuerdo que esa mañana seguí silbando mientras buscaba y lancé un grito exultante de alegría cuando finalmente la descubrí en el tambor de la lavadora.

Greg no se había inmutado; estaba sentado ante la mesa de la cocina garrapateando otra de sus cartas furiosas con su escritura ilegible de médico, usando el cálamo que le había regalado en broma hacía algunos años para que redactara sus muchas misivas de queja. (Me sorprendía que no escribiese en pergamino, ni utilizara un sello de cera y las hiciera llevar por un lacayo de librea.) Esta carta iba dirigida al Ayuntamiento por una multa de aparcamiento.

—¡Eh, Chloe!, escucha esto —me dijo—. Estoy pidiendo que me conteste el concejal.

Se levantó, alejó la carta tanto como le permitió la longitud del brazo, pues la vanidad le impedía usar gafas y el consiguiente reconocimiento de su edad, carraspeó y con la voz especial que reservaba para los temas oficiales leyó:

—«Tras estudiar la legislación, me asombra llegar a la conclusión de que parece que el distrito londinense de Brent, o sus funcionarios, intentan extorsionarme. Me permito citar a continuación un pasaje de la Ley de Derechos de 1689, aprobada y formalmente puesta en vigor tras la Declaración de Derechos de 1689. Por favor, lean atentamente el siguiente párrafo: “Que todas las multas y confiscaciones contra las personas antes de haber sido declaradas culpables son ilegales y nulas.”»

Me miró, encantado de sí mismo, como un perro que trae de vuelta un palo que le han lanzado muy lejos y lo pone a los pies de su amo en tiempo récord. Estiró la mano para coger una tostada, que cubrió con una capa fina de Benecol, un derivado lácteo contra el colesterol.

—¿Qué significa eso? ¿Que no pueden ponerte una multa de aparcamiento si no te han declarado culpable de un delito?

—Precisamente —respondió dirigiéndome una sonrisita petulante mientras salía—. Antes te tiene que declarar culpable un tribunal.

Leo, nuestro hijo de quince años, pasó por la cocina como un rayo, tiempo durante el cual se hizo con una tableta de chocolate que estaba guardada en una caja supuestamente escondida en lo alto de un aparador, tragó zumo de naranja de un cartón que estaba en la nevera y desapareció de la vista antes de que nadie pudiera gritarle. Bea, la *au pair* checa, frunció el ceño en dirección al espacio que Leo había ocupado hacía un instante y después se encogió de hombros y volvió a la prolija tarea de preparar una ensalada de frutas exóticas que yo había comprado especialmente para la cena de aquella noche. No dije nada, suponiendo que era para mi hija de doce años, Kitty, que hacía poco había anunciado que le apetecía la comida sana pues, como saben todos los padres, nadie ni nada debe interponerse cuando un niño o niña decide comer fruta y verduras voluntariamente.

Justo en ese momento entró Kitty con un plato de puré instantáneo a medio terminar.

—Me duele el estómago —dijo.

—No me sorprende, si comes esa basura industrial. ¿Qué pasó con el nuevo régimen de alimentación sana? —le contesté sin dejarme conmovir.

Entonces me di cuenta de que la ensalada de frutas exóticas era sólo para el estómago de Bea, que se sentó tranquilamente a la mesa mientras yo intentaba no mirar cómo se llevaba a la boca delicadamente, con cuchillo y tenedor, una rodaja tras otra de los caros mangos, papayas y guavas. Brillaba el sol y estaba decidida a no perder el buen humor. De modo que vacié el lavavajillas y cepillé el pelo de Kitty con apenas una ligera tensión en la mandíbula. Realmente todo fue bien hasta que recibí a mi tercer paciente del día.

Soy psicoterapeuta y nuestra casa de Queen's Park tiene un apartamento en el sótano donde atiendo a mis pacientes.

«La mayoría de la gente reserva el sótano para sus ancianas, inofensivas y simpáticas madres, y no para recibir a un montón de quejicas llenos de autocompasión que hablan y hablan de sus problemas», opina Greg.

La idea de que Greg sea capaz de poner las palabras *inofensiva* y *simpática* junto al sustantivo *madre* es, según su propia progenitora, francamente risible. Además mis «quejicas llenos de autocompasión» lo ayudaron a pagar los últimos años de sus estudios de medicina. Pero en su calidad de médico de cabecera, en verdad no tiene gran paciencia con ningún tipo de enfermedad, y mucho menos con aquellas que carecen de manifestaciones físicas evidentes. La idea de que alguien se pueda sentir mejor y más contento por charlar con un terapeuta profesional hace que ponga los ojos en blanco en señal de exasperada incredulidad.

«¿Y por qué no hablan con sus amigos en vez de hacerlo con una completa extraña como tú?»

Hablamos lo menos posible sobre mi trabajo.

Esa mañana me había despedido de Fank el Furioso, que tiene un pequeño problema para controlar su ira sobre el que estamos trabajando, y estaba disfrutando de los diez minutos entre paciente y paciente y mirando por la ventana y observando los pies que aplastaban

las hojas de otoño al pasar. El verano había terminado, pero no sentía la desolación habitual ante la inminente estación de las nieblas.

Sonó el timbre con una conocida insistencia irritante. Era Gina la Sombria, a quien trataba desde hacía cinco años. («¿Crees que saben los sobrenombres que les pones?»), me preguntó hace poco mi amiga Ruthie. «Por supuesto que no», le respondí. «Tú eres la única que los sabes. Es mi humor patibulario. Un mote cariñoso para diferenciarlos.»)

No siempre había sido tan cínica. A los veintiocho había sido la terapeuta más joven aceptada como miembro de la Asociación Británica de Psicoterapeutas y mi entrega a la profesión era total. No obstante, hacía poco, el oropel parecía haber desaparecido y a menudo sentía que trabajaba sólo por inercia.

Gina raras veces es capaz de ver el lado bueno de una persona o una situación, y comparada con ella me siento como Pollyanna. Pero últimamente había estado mucho más contenta, pues pensaba casarse pronto y no había encontrado demasiados defectos en su novio, Jim, aunque —¡Dios lo sabe!—, lo había intentado. Teniendo en cuenta su forma de ser, había estado absolutamente jubilosa durante los últimos tres meses. Pero ese día en su bonita cara se reflejaba una mirada de tiempos anteriores a Jim. Algo estaba a punto de aflorar.

—He estado pensando —comenzó. Con Gina éste siempre era un mal comienzo— que nunca más voy a acostarme con otro hombre. Nunca conoceré la excitación y el misterio de descubrir a alguien por primera vez, de ese primer beso, de despertar juntos llenos de sorpresa y novedad.

Quise decirle: «No seas tonta. Él podría morir, podéis divorciaros, puedes tener un amante». Pero no lo hice. En cambio, advertí súbitamente:

—¡Oh, Dios, nunca me lo había planteado así!

En ese instante, como un golpe doloroso e inesperado en la cabeza, la semilla de la traición anidó en mi propio pecho.

Temo no haber puesto mucha atención a lo que Gina me dijo durante el resto de la sesión, e incluso sentí una punzada de remordimiento cuando recibí su cheque, pero fue mínima; después de todo, lo amortizaba con todas sus llamadas a horas intempestivas y sus ataques de pánico a medianoche. En cambio, hice gestos ausentes de afirmación mientras contemplaba la pared detrás de ella. La humedad ambiental hacía aflorar manchas de pintura en las paredes del sótano que reflejaban a la perfección mi estado de ánimo de creciente malestar. El día que hacía sólo unos instantes me había parecido brillante y lleno de promesas, ahora me parecía nublado y húmedo. Se había puesto el sol.

¿No volver a sentir nunca más el primer beso de un nuevo amor? ¿Cómo era el poema de e.e. cummings, algo acerca de que a uno le gusta el propio cuerpo cuando está con alguien, la emoción de «bajo mí, tú tan nuevo»? Siempre me ha gustado mucho e.e., en principio porque murió el mismo año y día en que nací, el 3 de septiembre de 1962, lo cual para una adolescente es una coincidencia mágica, llena de significado místico. Sentí que debíamos de haber tenido una conexión espiritual única. Por un tiempo pensé que mientras su alma dejaba su cuerpo a la 01.15 de la madrugada, el momento de su muerte, voló directamente hacia mí cuando abrí la boca para inspirar mi primera bocanada de aire a las 03.23. Algo más de dos horas me pareció más o menos el tiempo suficiente para que volara desde la costa Este de Estados Unidos a Chalk Farm, en Londres. Más que nada admiraba a cummings porque era lo suficientemente atrevido como para ignorar las mayúsculas y tomarle el pelo a la gramática, algo que nunca pude hacer en el colegio. Lo intenté, por supuesto en mi fase «el alma de e.e. cummings vive en mí y seré la poetisa más grande del mundo». Pero la señorita Titworth, nuestra profesora de inglés, era muy detallista con la puntuación. Hasta nos hacía puntuar verbalmente nuestro inglés hablado: «Señorita Titworth, coma, signo de interrogación, me da permiso para no asistir a clase, signo de interrogación». Esto alimentaba horas de charlas ingeniosas de las compañeras en el guardarropa con unos cigarros mal liados. «Se-

ñorita Titworth, coma, signo de interrogación, cuánto valen sus tetas, signo de interrogación.»

Pero ahora, sentada en mi consulta, sólo podía pensar «todo se reduce a un dilema». Para siempre jamás lo mismo, viejo y añejo. Cuando Gina se marchó, subí a casa y me dirigí a la nevera, observé su contenido malhumorada, y me atiborré de trozos de queso y carne fría como una oveja con síndrome de déficit de atención. Necesitaba algo para llenar el abismo vacío del futuro desangelado e inmutable que tenía ante mí. Desde luego debía saber que «la comida no es amor» y todo eso, pero así como los dentistas no tienen los dientes perfectos, los terapeutas tampoco tienen psiquis perfectas. Kitty entró y me encontró chupando, culpable, queso Philadelphia de mi dedo índice que claramente había sacado directamente del tubo, y tragando zumo de naranja del cartón. Mis dos hijos habían sido aleccionados en que esos dos crímenes implicaban pena de cárcel.

—Siempre nos estás jodiendo con que no hagamos eso —protestó.

—No se suponía que me vierais y no digas jodiendo —respondí, no muy convencida—. ¿Y por qué no estás en el colegio?

Lanzó un suspiro y miró hacia arriba, un gesto que creía que sólo se hace después de la pubertad, cuando súbitamente nos golpea la aplastante estupidez de los padres. Se suponía que ella todavía estaba en la etapa en que yo no podía equivocarme y su adoración era inequívoca.

—Esta mañana te dije que me dolía el estómago —me dijo acusadora—, pero me obligaste ir al colegio y vomité, y Bea tuvo que ir a buscarme.

Bea había estado merodeando deliberadamente cerca de la puerta de la cocina, sin el menor disimulo; entonces entró y me lanzó una mirada de reproche.

—Gracias, Bea. ¿No le dijiste a papá que te dolía el estómago? —pregunté tratando de escurrir el bulto—. Él es médico.

—Mamá, sabes que para que papá te haga caso hace falta que te corten la cabeza.

—Pobrecita mía —tomé a Kitty, estrechándola en mis brazos.

Desde el primer momento que tuve a mis hijos en los brazos me encantó ser mamá. Incluso ahora a menudo me induzco el sueño repitiendo sus nacimientos en mi cabeza, como una película que atesoro. Me encantaba su olor dulce y lechoso y todo el tiempo que fueron pequeños los llevé sobre el pecho, cerca del corazón, como un broche precioso. Adoraba esa parte en sus nuca donde hay que enterrar la nariz para besarlos; todavía me gusta. Me encantaba meterme en la boca los piecitos de mis recién nacidos. Kitty todavía me deja mordisquearle las piernas y cubrirla de besos, y Leo no ofrece resistencia a sus quince años, siempre que no haya nadie mirando. Los molesto diciéndoles que hace mucho tiempo los hice firmar contratos en que se comprometían a aceptar mis besos y arrumacos a perpetuidad, sin que importara su edad.

Soy de las que respetan los contratos. Llamadme anticuada, pero fui seria hace diecisiete años cuando me casé con el señor Gruñón, su padre, prometiendo olvidar a todos los demás hombres y serle fiel durante el resto de la vida. He tenido algún devaneo, algunos besos robados, pero nunca he pensado seriamente en la infidelidad. Pero hace poco me encontré flirteando con mis únicos amigos solteros, homosexuales hasta la médula.

—¿Qué tenemos de malo las chicas? —me quejo ocasionalmente.

—Digamos que no sois suficientemente peludas.

—Podemos serlo si no nos depilamos las piernas y el vello facial —protesto.

Pero ahora, con las palabras de Gina sobre lo definitivo de no volver a acostarse con otro hombre nunca más repicándome en la cabeza, me sentí como si me faltara el aire. ¿Qué podía hacer? ¿Era Greg el único hombre con quien iba a hacer el amor? Pero ¿podía imaginarme realmente con un amante? Prefería asumir que no está permitido desnudarse ante un extraño cuando se han pasado los cuarenta. Ciertamente está prohibido por la ley por razones de un mínimo de decencia. Está bien que tu esposo te vea desnuda si es absolutamente necesario. Después de todo, el cuerpo imperfecto postparto es cosa suya, de modo que hay un cierto placer perverso al ex-

hibirse frente a él, y el propio acto es como un alarido silencioso de «mira lo que le has hecho a mi cuerpo, cabrón». Pero con alguien nuevo, eso sería... En fin, me viene a la mente la palabra «imposible».

—Te parezco interesante, ¿no? —me preguntó más tarde Ruthie mientras almorzábamos en su sofá reclinadas como romanas.

—Seguro, o no estaríamos celebrando nuestros treinta y dos años de amistad. ¿Por qué? —le pregunté poniéndome en la boca un último bocado de *bagel* de salmón y queso fresco.

—Es que cada vez que le digo algo a Richard suspira y cierra los ojos.

—Oh, es OPM —dije con inteligencia.

Es nuestro sistema taquigráfico; hace que los mensajes de texto vayan mucho más rápido sin temer las miradas espías. Lo inventé cuando Greg y yo tuvimos una pelea particularmente fuerte después de que hubiera pasado todo un fin de semana gritándonos a los chicos y a mí. Escribí mi mensaje: «Tengo un marido de mierda». Pero en vez de mandárselo a Ruthie se lo envié a Greg. Cuando vi lo que había hecho, el corazón me latió con fuerza y me sentí como un niño que es cogido poniéndole cuernos con la mano a un profesor. Tuve que disimularlo mandándole otro: «Era broma, cariño. ¿Qué quieres cenar?» Por suerte me libré, pero después los acrónimos parecieron una ruta más segura y de allí vino OPM, odio permanente al marido.

Ruthie suspiró y se estiró. Es así como la imagino siempre, bostezando y estirándose adormilada, como un gato que se levanta brevemente para cambiar de posición frente al fuego. En su trabajo es aguda, activa, eficaz, pero conozco su secreto: siempre quiere marcharse para echarse un rato. Tiene una bonita cara con forma de corazón, un cuerpo a lo Marilyn Monroe y ojos color marrón, líquidos. Cuando era más joven, los chicos se hubieran acuchillado para ganar su afecto. Pero ella es irresistiblemente inconsciente de su encanto y lo lleva con tanta comodidad y falta de atención como una bata preferida algo desgastada.

Nos conocimos en nuestro primer día de instituto, y nos hicimos amigas por tener pupitres contiguos. Nuestros apellidos comenzaban con la misma letra, Chloe Zhivago y Ruthie Zimmer. El suyo había sido Zimmerman, pero a los funcionarios de la frontera les pareció innecesariamente largo y en algún lugar de la ruta perdió una sílaba cuando su padre huyó de Alemania a Inglaterra para escapar de los nazis. Ruthie era mejor judía que yo, y sabía cosas. Porque pese a que soy psicoterapeuta, hago una sopa de pollo fantástica, y se todo lo que tiene que ver con el alimento para el alma, soy ignorante en lo que se refiere al judaísmo. En verdad no tiene nada de sorprendente: recuerdo haberle preguntado una vez a mi padre por el significado de las velas de Hanukah. Él me miró divertido y me respondió: «¿Sabes, cariño? No tengo la menor idea».

—¿Qué clase de padre judío eres? —le pregunté.

—Uno muy malo —contestó—, pero no desafino.

(Mi padre Bertie compone musicales para los teatros del West End.)

Seguro que mamá sabía muchas cosas, pero simulaba ignorancia. Desde que se casó con papá rechazó su educación religiosa y la única fiesta que celebrábamos era la Navidad. Así que fui a preguntárselo a Ruthie. Aparentemente, hace miles de años hacía falta aceite para los candelabros del templo que debían estar encendidos todas las noches. Pero sólo quedaba aceite para un día. Inexplicablemente duró ocho días. De modo que en conmemoración se estableció una fiesta de ocho días. En verdad es algo así como el pan y los peces que dieron de comer a todos. Todas las religiones necesitan sus milagros. En broma decíamos que también era como el milagro de Steve Brick cuando teníamos quince años: consiguió salir con cuatro de nosotras la misma tarde y en tres fiestas diferentes. En cualquier caso y siempre que necesito información sobre temas judíos, consulto a Ruthie.

Nos convertimos en las hermanas que no teníamos y juramos vivir tan cerca como fuese posible y tener hijos al mismo tiempo. Conseguimos ambos propósitos. Ruthie vivía justamente en el otro lado de Queen's Park y desde nuestros tejados podríamos haber-

nos comunicado por señales luminosas si alguna de nosotras hubiera tenido la habilidad o las ganas. En cambio, nos llamábamos y nos mandábamos mensajes continuamente y en el curso de nuestras salidas por el barrio no dejábamos de encontrarnos, aparte de nuestras muchas citas con fecha y hora fijadas. Sus hijos, Atlas y Sephy (Persephone), son los mejores amigos de Leo y Kitty y tienen la misma edad. Su esposo, Richard, es licenciado en humanidades, y Ruthie sintió que como tenía poco que decir en muchos aspectos de sus vidas, hubiera sido grosero por su parte quejarse de que bautizara a sus hijos. Atlas era un niño delgado. No se hubiese podido imaginar a nadie menos capaz físicamente de llevar sobre los hombros los pilares que separaban el cielo de la tierra, pero sí tenía la apariencia de alguien que cargaba con el peso del mundo. Como su contraparte griega, se interesaba apasionadamente por la ciencia y la astrología y pasaba las noches subido precariamente al tejado de la casa, a menudo en compañía de Leo, mirando por el telescopio y observando las estrellas y los planetas. (Los instintos de madre judía de Ruthie estaban en conflicto: por una parte la alegría de tener un hijo que perseguía el conocimiento, y por otra la ansiedad de que se cayera del tejado en su búsqueda. ¿La solución? Se instaló una barandilla sólida de hierro rodeando el tejado, muy cara.) Por su parte, como reina de los infiernos, Sephy resultaba poco convincente. Era un hada princesa, una niña alegre igual que mi Kitty, y cuando ambas dejaban una habitación, quedaba tan desangrada y estéril como si hubiesen regresado al Hades, anunciando el comienzo del invierno. En cierta medida al elegir los nombres de los hijos se está influyendo en su destino y sus personalidades. Por eso busqué nombres fuertes como Leo y Katherine —nombres de antiguos emperadores y emperatrices—, pues nadie iba a meterse con mis hijos.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor? —le pregunté a Ruthie.

—¿Con Richard? No seas repugnante. Es mi marido.

—Sí, te entiendo. —Mordí un pimiento picante, disfrutando de la forma en que me hizo arder los ojos—. Hace tanto tiempo que no lo hacemos que la sola idea de dar saltos y revolcarse en el lecho marital parece inadecuada y obscena. Gracias a Dios antes de casarnos hicimos el amor todo lo que quisimos, porque después se acaba.

—¿Crees que con nuestras madres pasaba lo mismo? Quizás el hecho de que se reservaran para un marido quería decir que de casadas no les faltaría sexo.

Ruthie alcanzó una aceituna y la mordisqueó; apenas había comido:

—Tal vez deberíamos dejar a los maridos y crear una comuna lesbiana —sugirió.

—En principio es una idea excelente. Pero hay un detalle, y es que no somos lesbianas.

—Lo sé —dijo Ruthie apenada—. Lástima. ¿Y qué me dices de una comuna con un área alambrada aparte para los hombres? Podríamos ir y jugar con ellos cuando nos apeteciera.

—¿Un corral de hombres? —pregunté—. De hecho —dije con las palabras de Gina repicándome aún en los oídos—, estaba pensando que podría echarme un amante, únicamente por motivos de perder peso... Ya sabes que el sexo novedoso adelgaza.

Me pellizqué unos cuantos centímetros alrededor de la cintura.

—Nadie podría culpar a ninguna de nosotras por tener una aventura; no se puede esperar que una mujer viva toda una vida con tan poco sexo en verdad es un tema de derechos humanos —dijo Ruthie metiendo la punta de un dedo en un bol de *hummus*—. El auténtico problema es que el único sexo que existe después del matrimonio es con otras personas. —Me miró y añadió—: Pero si en efecto te echas un amante, asegúrate de recordar las reglas.

Ruthie es editora de *Smart Magazine. Belleza y cerebro para las mujeres de hoy* y frecuentemente me utiliza bajo una diversidad de seudónimos para sus estudios de caso. Ha escrito o editado artículos sobre virtualmente cualquier tema imaginable y es una fuente de conocimiento. La estudié; estaba vestida con su uniforme profesio-

nal Issey Miyake. Para trabajar nunca vestía otra cosa. (Su ropa hecha de miles de plisados agudos siempre me ponía un poco nerviosa. ¿Hay alguien que se dedica a hacer pliegues y pliegues como una lunática de manicomio con trastorno obsesivo-compulsivo?)

—¿Qué reglas, oh, sabia y plisada? —le pregunté.

—«Nunca tengas una aventura con alguien que, si se sabe, tiene menos que perder que tú.»

Muy claro y absolutamente evidente si te paras a pensarlo. Fue todo lo que pude hacer para evitar tomar notas subrepticias como alumna aplicada.

—Tendrás que buscarte un amante por las dos —añadió—. Nunca podría permitir que alguien que no fuera Richard viera mis pechos que no dejan de crecer y deformarse, como corresponde a mi edad.

Le miré los pechos. Era cierto, parecían más grandes.

—Sabes que la nariz y las orejas nunca dejan de crecer —siguió—, y mis pechos están haciendo lo mismo; parecen no saber cuándo parar.

—Por lo menos tienes. Los míos nunca empezaron a crecer y ahora parecen dos calcetines vacíos... y pequeños.

Ruthie se rió.

—Vamos. Tú siempre fuiste la aventurera, así que yo podría tener una aventura de manera vicaria.

—Como de costumbre, tengo que hacer todo el trabajo. Las cosas no han cambiado mucho desde los días que acostumbrabas a copiarme los deberes de latín.

—Ya lo sé, querida. La verdad es que siempre has sido mucho mejor que yo a la hora de hacer cosas; yo me limito a escribir sobre la gente que las hace.

Las dos nos reímos, conocedoras de la naturaleza importante y equitativa de la simbiosis que nos ligaba.

—¿Sabes que el setenta por ciento de los hombres y el treinta por ciento de las mujeres son adúlteros? —preguntó Ruthie.

—Ya es hora de que las mujeres iguallen a los hombres en este campo —comenté con ironía.

No me refería exactamente a eso, a la dieta *Pierde esos kilos de más pasándolo bien. Tírate a uno que no sea tu marido*. Simplemente quería saborear esas palabras con la lengua, probar la idea, y pronunciarlas. Me parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que me divertí. La vida estaba llena de ser esposa, madre y psicoterapeuta, y aquí estaba ahora, de pronto, con cuarenta y pico de años, sin tiempo para sentirme despreocupada y llena de alegría. Entendí por qué la década del divorcio comenzaba a los cuarenta. Todo el mundo daba un salto aterrorizado en un último intento de liberarse de la terrible monotonía de la responsabilidad y la obligación. Mientras me alejaba de Ruthie, casi choqué con una mujer que arrastraba a un niño de unos dos años que lloraba al tiempo que empujaba un cochecito con un bebé dando alaridos. Al mirarla más de cerca noté que por su cara cansada también corrían lágrimas. La canción que compara el amor y el matrimonio con un caballo y una carreta comenzó a sonar irónicamente en mi cabeza. Era uno de esos días grises de Londres, con llovizna, cuando la humedad se apodera de los huesos y uno piensa que jamás volverá a ver el sol. Sentí que me rondaba una depresión en las entrañas.

Cuando llegué a casa me sentía cada vez más atribulada con mi vida. ¿Qué había pasado con la pasión y los fines de semana en la cama que en un tiempo habíamos compartido Greg y yo? Cuando mi marido volvió del trabajo se lo pregunté. Estaba buscando una tableta de chocolate que había escondido.

—No seas tonta. Ese periodo de luna de miel no puede durar siempre. Así nunca haríamos nada.

—Pero no lo echas de menos, cariño. ¿No te gustaría que aún fuéramos así?

—No. Hay demasiadas cosas que hacer: los niños, el trabajo, libros que leer, películas que ver. ¡Ah, aquí está! —dijo resplandeciente de satisfacción mientras sacaba una tableta de chocolate de detrás de uno de mis muchos libros de recetas que parecían a punto de caer de la estantería repleta—. ¿Quieres?

(Estaba decidido a no discutir su extraña dieta de Benecol y chocolate.)

—¿Por qué no? —respondí con amargura pensando: «Siempre podré quemar las calorías de más con un adulterio».

Greg entró en el salón y saludó a Leo con un alegre: «*Rastaman* y yo hemos aprendido nuestra lección con la hierba». Esto venía a cuento por una caja de cerillas llena de marihuana que había encontrado Greg y confiscado cuando trataba de recuperar sus calzoncillos boxer de diseño del ropero de su hijo. No es que a Greg no le guste la hierba; de hecho, la olfateó ostentosamente diciendo: «Parece buena, tal vez deba fumarme un porro». Desde entonces estábamos escuchando la broma del *rasta*, divertida al principio, aunque después de diez días comenzaba a no hacer gracia.

Leo entró en la cocina casi visiblemente envuelto en la nube de contrariedad que se había vuelto su compañera permanente de los dos últimos años. Un extraño cambio físico se apodera de los chicos cuando cumplen trece. De la noche a la mañana sus cabezas, que antes no tenían problemas en sostener, se vuelven demasiado pesadas para sus cuellos, y su forma de expresarse, que era clara, se vuelve ininteligible. El hijo comunicativo de pronto habla entre dientes y camina con los hombros caídos.

—¿Has hecho tus deberes, cariño? —le pregunté.

La respuesta fue «mmm, mrunf».

—¿Qué dices?

—Sí, sí, lo que tú digas —enunció con claridad exagerada.

Tiré el resto de la tableta de chocolate; el odio hacia mí misma que acompañaba cada bocado era demasiado difícil de aguantar. Además tal vez debería intentar ponerme a dieta y hacer ejercicio antes de recurrir al adulterio. Decidí flirtear con Greg y seducirlo. Eso es lo que uno debe hacer, o por lo menos es lo que siempre digo a mis pacientes. Volver a descubrirse, hacer cosas juntos, darse tiempo para charlar y disfrutar en común. ¿Quién puede decir que una relación con otro hombre sería diferente? Después de la luna de miel de los primeros dos años, probablemente se convertiría en lo que tenía ahora. ¿Merecía la pena las mentiras, el engaño,

y el riesgo para la felicidad de todos a cambio de un par de años de buen sexo? (Aunque en mi caso ni siquiera tenía que ser bueno: sexo, a secas, sería suficiente.)

Podía oír la televisión en la sala y por la puerta vi a Greg hundido en el sofá, con la boca ligeramente abierta mientras miraba el pronóstico del tiempo con una intensidad más propia de la cara de un bebé hambriento ante el pecho de su madre. Me quité la ropa y ondulé sinuosamente ante él para ver si se daba cuenta. Me hizo un gesto para que me apartara antes de señalar el televisor... «Muy bonito, querida, pero el tiempo...» Es su programa favorito, pero aun así... En ese momento sonó el teléfono. Era una de las pacientes habituales de Greg, la señora Meagan o «soy yo de nuevo», como la conocemos por la frecuencia de sus llamadas. Sabe Dios cómo ha podido conseguir nuestro número de casa; creo que el señor Meagan trabajaba para la compañía telefónica, el departamento de policía, o era ladrón o algo semejante. Normalmente le filtro esas llamadas porque Greg no soporta a los enfermos, ni siquiera cuando está de buen humor, y los hipocondríacos son sus bestias más negras. Pero ahora, tras su amargo rechazo, dije con dulzura: «Sí, señora Meagan, por supuesto, está aquí», y montada en mis zapatos de tacón me precipité fuera del cuarto y choqué con Leo que subía la escalera arrastrando los pies. Me echó un vistazo, se estremeció y dijo con toda claridad: «¡Qué asco! ¡Madre desnuda! ¡Esto es muy malo para mi desarrollo psicosexual, mamá!»

Pasé el resto de la velada cosiendo, malhumorada, un elefante de fieltro para algo que Kitty está haciendo en el colegio, mientras me lo contaba todo sobre Enrique VI, y sus ocho esposas, o Enrique VIII y sus seis esposas... *Sí, sí, lo que quieras* ¿Es ésta mi vida? ¿Qué es lo que me ha pasado y cómo he llegado hasta aquí?